

**DICIEMBRE:  
MES DE LA NAVIDAD**  
(Diciembre 1991)

Los preparativos de la Navidad, la fiesta y sus ecos llenaban el mes de diciembre y se extendían hasta la celebración de los Reyes Magos el día 6 de enero.

La Navidad, como en cada uno de los países de Iberoamérica, se había inculturado en Cuba, es decir, se había metido en el alma del pueblo cubano. La comida de Nochebuena era muy nuestra; preparada con productos del país: arroz, frijoles negros, cerdo, yuca, dulce de naranja y buñuelos hechos en casa acompañados con melado de caña.

Santa Claus no pudo pisar tierra firme en Cuba. Nuestras familias tradicionales defendieron con calor de trópico a nuestros tres reyes magos, venidos del desierto ardiente, frente al gordo nórdico y bonachón vestido de rojo y con barba de nieve. Los cubanos preferimos, antes que el árbol de Navidad, el Nacimiento con el niño yaciendo en el heno seco entre una vaca y un asno, contemplado con arrobamiento por la Virgen María y San José. Escuelas, establecimientos comerciales, casas particulares, se disputaban en cada pueblo y ciudad cuál había sido el nacimiento más creativo, el más auténtico o el más bonito.

La Nochebuena congregaba a la familia en casa de los abuelos, o en casa del hermano, si los abuelos ya nos habían dejado. Era la gran reunión anual de la familia. Ese día se olvidaban grandes o pequeños agravios y no nos planteábamos problemas: ¡es Navidad!, nos decíamos todos, sabiendo que algo nuevo pasa cada año al celebrar el nacimiento del Niño-Dios.

Todo el fin de año y los comienzos del mes estaban llenos de luces, de espíritu festivo y el 6 de enero era el día de los regalos con su historia de reyes que se volvían diminutos para pasar por las rendijas de las puertas y dejaban los juguetes a los niños. Siempre recuerdo a mi buen obispo Alberto Martín Villaverde, que convertía el obispado de Matanzas en un inmenso almacén y taller de reparación de juguetes. Allí él mismo, con decenas de católicos, arreglaban y pintaban miles de juguetes. Repártanlos el 5 de enero en la medianoche, avisen a las familias para que los esperen –decía el obispo–, así los niños tendrán sus juguetes al amanecer del día 6.

Soñábamos en aquella época con tiempos distintos en que todos los niños al despertar encontrarían los juguetes que les habían dejado los Reyes. En algunas Navidades tristes por convulsiones políticas, soñábamos con Navidades llenas de Paz y Felicidad para todos. Pero un poco de tiempo después no hubo más Navidades ni Reyes.

Nunca he escrito algo de este estilo porque nunca he podido aceptar que para escribir sobre la Navidad en Cuba haya que usar los tiempos pasados del verbo. Ninguna explicación sobre la supresión de la Navidad en mi país me ha satisfecho jamás, porque los pueblos necesitan de las tradiciones que agrupan a la familia, cuando, dejando a un lado criterios y puntos de vista, nos reencontramos en los amores esenciales, para permitir que broten los sentimientos de ternura, compasión y amistad, que son los más realmente humanos e imprescindibles para la convivencia.

Necesitan los pueblos ese tipo de fiesta, necesitan los niños, y también los adultos, las leyendas inofensivas que no faltan a ningún pueblo de la tierra. No me acostumbro

a niños sin leyenda, ni a ver reunida la familia solamente en la funeraria cuando, tristes, despedimos a un ser querido.

Los católicos hemos tratado de conservar la Navidad contra viento y marea, tanto en su manifestación religiosa: la Misa del Gallo, los villancicos, el Nacimiento en la iglesia, la fiesta de los niños del catecismo, como en las familias, que han luchado por comer juntos la noche del 24, por visitarse en esos días.

Pero toda la organización de la sociedad no facilita el que podamos guardar la hermosa tradición navideña.

No hay receso escolar, se suprimieron las vacaciones que se extendían desde Navidad hasta Reyes. Puede ser que el 25 de diciembre un niño de primaria tenga un examen de matemáticas. Es probable que muchos adolescentes estén en esos días en un plan de escuela al campo. Otros adolescentes y jóvenes estudian en escuelas en el campo y no recesan y pasan la Navidad lejos de la familia. Tampoco hay receso laboral el 25 de diciembre, que no es fiesta civil.

No es la ausencia de buenos manjares lo que hoy extrañamos ni son la nostalgia o la añoranza quienes guían estas líneas; son las carencias espirituales de nuestras familias, es la falta de vivencias de este género en nuestros niños y jóvenes, es esa ausencia de oportunidad para experimentar grandes y profundos sentimientos humanos lo que sentimos como un reclamo. Esa noche del espíritu está esperando una estrella, la estrella de Belén que nos guíe a todos hasta el pesebre, donde contemplado por María y José está Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

Con mi bendición, les deseo una Feliz Navidad.